





LOS REYES DE PESUNIA
Y LA PUERTA OSCURA



Ana María Coelho

LOS REYES DE PESUNIA
Y LA PUERTA OSCURA





Primera edición: octubre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana María Coelho

ISBN: 978-84-17362-06-5

ISBN digital: 978-84-17362-07-2

Depósito legal: M-35534-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



A mis hijas, Mónica y Noelia, quienes en la inocencia de la infancia me animaron a crear historias felices, alejándolas de la crueldad en la que vivíamos en la realidad, adaptando las carencias en cuentos, muchas veces educativos y con sus moralejas.

A mis padres (in memoria), quienes que, hasta sus últimos momentos de lucidez, nunca dejaron de creer en mi capacidad y agradezco eternamente el apoyo recibido por ellos.

Y, por fin, pero, no menos importante, a mi editor, porque sin él, este libro jamás hubiera salido del cajón.



ÍNDICE

ARIA, ARAI Y EL MAGO	11
ARIA, ARAI Y ADARA	21
ARIA, ARAI Y EL DRAGÓN	33
EL TEMPLO DEL HECHICERO	43
MCGRUGUER Y KAMEND	49
KAMBURL Y KAMEND; EL REENCUENTRO	57
ARIA Y ARAI; EL RETORNO A CASA	69
ARIA Y ARAI; RECONSTRUYENDO PESUNIA	81
LA CORONACIÓN DE ARIA	91
SAYHURI Y GLAUCIA	103
LA REALIZACIÓN DEL SUEÑO DE ARAI.....	115
EL ENLACE DE ARIA Y LA REVELACIÓN DE ARAI.....	125
EL PEDIDO DE AUXILIO DE LA PUERTA OSCURA Y EL VACÍO	137
LAS AVENTURAS DE ARAI.....	147
EL MUNDO DE LOS MORTALES.....	159
LA REVELACIÓN.....	173



ARIA, ARAI Y EL MAGO

Aria y Arai nacieron en el reino de Pesunia, con una hora de diferencia, siendo ella la primogénita. Hijos de reyes, cada uno recibió una educación acorde con el destino que les fue escrito. A Arai, le fue enseñado empuñar una espada, usar una armadura, luchar cuerpo a cuerpo, domar caballos salvajes, usar estrategias de guerra... A Aria, la prepararon para ser una reina obediente y sumisa a su futuro esposo. Sabía cocinar, coser y cuidar enfermos, entre otras muchas cosas. Lo que no sabían sus maestros era que Arai y Aria estaban, de alguna manera mágica, conectados el uno con el otro; lo que aprendía uno, también lo aprendía el otro.

En las tardes de primavera y verano, les estaba permitido salir del castillo y pasear por los bosques reales, donde practicaban lo que aprendía Arai con los sabios maestros de guerra. En las tardes de otoño e invierno, practicaban las enseñanzas que Aria recibía. Más de una vez, los propios reyes degustaron alguna exquisita comida preparada por Arai, aunque llevase el sello de Aria, para disimular al cocinero.

En esta infancia feliz y despreocupada, los mellizos cumplieron doce años. En aquel día, por orden del rey, los niños se presentaron en la sala del trono, una enorme estancia, donde al fondo se encontraban dos tronos tallados en madera oscura con respaldos altos; los cuales estaban ocupados por el rey y la reina. Al lado derecho de la sala, había una gran mesa de color oscuro y varias sillas. Allí se sentaban los consejeros, administradores y hechiceros reales en los días de audiencia. Al lado izquierdo, ocupado por otra gran mesa, también de madera oscura, reposaban bandejas atestadas de sabrosas comidas y frutos de temporada.

Los niños entraron tímidamente en la sala del trono e hicieron una reverencia.

—Hijos míos, acercaos —ordenó el rey.

Los niños se acercaron y se sentaron cada uno en una rodilla real. La reina, a su vez, sabiendo lo que ocurriría a continuación, se retiró a sus aposentos, seguida por sus doncellas. Después que la soberana se marchara, el rey ordenó a sus centinelas que abandonasen la sala, dejándolo solo con sus hijos.

—Hijos míos —dijo el rey a sus dos herederos—, hoy cumplís doce años. Es una gran alegría para mí y vuestra madre, a la vez que es una gran tristeza, ya que ha llegado el momento en que debéis saber de dónde procedéis realmente. De esta forma, podréis forjar vuestros futuros.

—¿Qué quieres decir, majestad? —preguntó Aria.

—¿Es que mamá y tú no sois nuestros padres? —preguntó Arai.

El rey soltó una carcajada antes de responder.

—Arai, no seas iluso, claro que somos vuestros padres, pero somos algo más que reyes —hizo una pausa para certificar la atención de los niños—. Somos los guardianes de la Puerta Oscura.

La Puerta Oscura era el umbral de unión entre los diversos mundos y se encontraba en alguna parte del castillo, custodiada día y noche, por entes extraordinarios, que evitaban la posibilidad del tránsito ilícito entre mundos por seres mágicos o malvados. Los niños conocían la historia de dicha Puerta y se asombraron al saber que se trataba del mismo objeto que ahora les revelaba el rey. Habían escuchado muchas historias y leyendas contadas por sus maestros, que hacían referencia al umbral y sus guardianes.

—Esto os convierte a vosotros en poderosos magos —puntualizó Aria.

—Sí, hija, así es —respondió el rey satisfecho al ver lo despierta que era su hija—. Ahora os corresponde a vosotros aprender todo lo necesario para seguir guardando la Puerta Oscura. Un día, vuestra madre y yo también ultrapasaremos el umbral a otro mundo y os corresponderá a vosotros dos ocupar nuestros lugares —hizo una larga pausa—. He decidido enviaros con Mcgruguer, el hechicero. Él me ha educado en la magia y hará lo mismo con vosotros.

—¿Conoceremos a Mcgruguer? —preguntó Arai excitado—. Es una leyenda. ¿Aún está vivo?

—¡Claro que está vivo! Y permanecerá así por mucho tiempo, es casi inmortal.

—¿Por qué «casi»? —preguntó Arai.

—Esto ya lo descubrirás en su momento —hizo un amago de levantarse y los niños se pusieron de pie—. Partiréis mañana al alba —concluyó.

—¿Para dónde? —inquirió Aria.

—A la Montaña Sagrada. Allí estaréis con Mcgruguer y recibiréis las instrucciones necesarias —dicho esto, ordenó que lo dejaran solo.

Después que los niños saliesen, el monarca se dejó caer, pesadamente, en el trono. Como rey, sabía que era el destino de sus hijos cumplir con la profecía, pero como padre, sentía un profundo dolor en el pecho, solo en pensar cómo quedaría el castillo sin el sonido de sus voces, sin las travesuras de Arai o los maravillosos olores que provenían de las cocinas cuando Aria cocinaba.

Aquella noche, la cena fue silenciosa. La reina apenas probó bocado. Se sentía triste por la partida de sus hijos, aunque sabía que esta partida llegaría algún día. Tal como el rey, ella sabía que sus hijos deberían cumplir con un cometido, pero su corazón de madre no soportaba el dolor de la separación.

Antes de retirarse a sus aposentos, la reina visitó a sus hijos en su alcoba.

—Arai, Aria, sentaos —ordenó—. Mañana será un gran día. Vais a iniciar una jornada ardua y peligrosa. Enfrentaréis vuestros propios temores y también al de los que los acompaña —bajó la cabeza y buscó algo entre los pliegues de sus faldas—. Arai, a ti te ofrezco esta bolsa, dentro encontrarás todo lo necesario para protegerte a ti y a tu hermana de todos los males que les acechen.

Arai cogió la pequeña bolsa de terciopelo rojo y la abrió. Dentro pudo ver un anillo, una punta de flecha y un rubí del tamaño de un huevo de codorniz.

La reina entonces se dirigió a su hija.

—A ti, Aria, te ofrezco este zurrón. Os protegerá a los dos y también será muy útil cuando en la batalla alguno de vosotros resulte herido.

Aria abrió el zurrón y encontró una daga con mango de marfil, pequeñas bolsitas con hierbas secas y unos cuantos frasquitos con líquidos de colores.

Conocía bien las hierbas y los frasquitos. Los había estudiado y manipulado casi toda su vida.

—Las hierbas son comestibles y los frascos son ungüento —puntualizó la reina olvidando las habilidades de su hija. Luego, dio un beso a cada hijo y se marchó, cerrando la puerta detrás de sí.

A la mañana siguiente, con los primeros rayos del sol, el cortejo ya estaba preparado para partir, bajo la atenta mirada de los reyes. Aria montaba a Escarlat, su yegua, y Arai a Merphil, su semental. Junto a ellos estaban seis soldados preparados y el mago del reino, Kamburl. Este había precedido al rey actual, abuelo de Arai y Aria. Contaban que el mago había pasado la Puerta Oscura, desde un mundo muy lejano, solo para servir a los reyes y reinas de Pesunia. Tenía apariencia de tener unos cuarenta y pocos años, pero en realidad su edad era de doscientos cuatro años. Aun así, seguía siendo muy ágil con la magia y también con la espada.

Tomaron el camino sur de los bosques reales. Los niños, temerosos del futuro que les esperaba, lejos del abrigo de sus padres, cabalgaron con la mirada hacia atrás, hasta que los árboles taparon la visión de las dos figuras plantadas en lo alto de las escaleras del palacio. Al medio día pararon a descansar junto a un riachuelo de aguas cristalinas.

—Comeremos aquí y descansaremos hasta que refresque un poco —dijo Kamburl a los soldados. Estos, a su vez, desmontaron de inmediato y se propusieron a preparar una comida consistente en queso fresco, pan y carne curada.

Después de comer, Arai sugirió a su hermana explorar los alrededores.

—No debéis alejaros mucho del campamento —sugirió Kamburl—. Puede ser peligroso.

Arai paró y con aire pensativo meneó la cabeza. Volvió sobre sus pasos hasta su montura, cogió la bolsa que le había regalado su madre en la noche anterior y se la colgó en el cuello. Aria lo imitó y se colgó el zurrón en el hombro.

Caminaban al margen del riachuelo cuando algo llamó la atención del niño.

—Aria, mira —dijo Arai apuntando a un descampado circular con un enorme árbol centenario en medio—. ¿No es hermoso?

Se acercaron al árbol que tenía su tronco retorcido en forma de espiral, desprovisto de cualquier otra vegetación.

—Es como una escalera —observó Aria con la mirada atenta en donde podría terminar el tronco—. ¿Subimos?

Arai ya estaba a un metro del suelo, subiendo por el tronco torcido. Aria corrió para alcanzarlo, pero entonces algo se movió en la copa, asustando al niño que perdió el equilibrio. En aquel momento, Kamburl apareció por entre la densa vegetación que limitaba el descampado circular.

—Aria, baja ahora mismo —había ordenado en el momento exacto que el niño perdió el equilibrio y cayó al suelo—. No debéis molestar a los guardianes de los bosques.

Arai se levantó de un salto.

—¿Quiénes son los guardianes de los bosques? —preguntó el niño.

—Vuestra primera lección. Los elfos, gnomos, dríadas, ninfas, entre muchos otros seres mágicos, todos ellos luchan para mantener el equilibrio —dijo Kamburl en tono muy serio, desde su posición entre la vegetación espesa—. También los árboles más antiguos luchan para mantener este equilibrio. Salir de allí, pero antes pedir perdón a los seres mágicos y al árbol por vuestro atrevimiento.

Arai cruzó la mirada con su hermana, que acababa de tocar el suelo y ambos rompieron en carcajadas.

—¿Qué dices? No vamos a hablar con un árbol —dijo Arai caminando hacia el mago.

Sin que se viera la procedencia, una liana se enredó en las piernas del niño y lo tiró al suelo. Rápidamente lo arrastró hasta el tronco torcido y lo levantó por los pies hasta lo alto de una rama, dejando su visión de un mundo boca abajo.

—¡Arai! —gritó Aria con la intención de ir en ayuda de su mellizo.

—¡No! —le gritó el mago—. Tiene que disculparse y tú también. Si no lo hacéis, no saldréis vivos de su territorio.

Mientras tanto, Arai se balanceaba en el aire como un pez que muere de el anzuelo.

—Arai —gritó Kamburl desde el suelo, dirigiéndose al niño colgado—, discúlpate con los guardianes de los bosques, ¡ahora!

—¡Vale! Lo siento, vale. Lo siento —gritó el niño.

La liana aflojó y Arai, en una caída libre, se dirigía a una muerte segura cuando, de repente, se quedó suspendido en el aire, a dos cuartas

del suelo. Aria miraba todo con los ojos abiertos como platos. Desvió la mirada al mago y lo vio con el brazo izquierdo extendido. Entonces comprendió que era él quién mantenía a su hermano en el aire. Inmediatamente se disculpó ella también.

—Perdón por molestarles, no era nuestra intención.

Cuando llegaron a la altura de Kamburl, este dijo unas cuantas palabras en otro idioma e hizo una reverencia. Como por arte de magia, apareció ante sus ojos un hombrecito de metro y medio, con la piel verde y orejas puntiagudas.

—Ergor, amigo mío —saludó el mago—. Por favor, perdona a los niños. Son los futuros guardianes de la Puerta Oscura.

—Así que la profecía era cierta —dijo el hombrecito con un acento extranjero—. «Es llegada la Era de los dos hermanos unidos en un solo objetivo, guardar la Puerta Oscura, de toda fuerza maligna».

Kamburl asintió en silencio. Luego se despidió con otras tantas palabras en otro idioma. Los tres marcharon en silencio hasta el campamento, donde los soldados ya estaban preparados para seguir con el viaje. Reanudaron la marcha sin decir palabra sobre lo ocurrido. Ya estaban alejados algunos kilómetros hacia el sur, cuando Kamburl ordenó detener la comitiva.

—¿Qué pasa? —preguntó Aria asustada.

—Hay algo aquí —dijo el mago—. Arai, concéntrate. Tú también, Aria. Sentid la fuerza de la magia que hay aquí.

Los hermanos se miraron interrogativos.

—Venga, sois hijos de magos. Sacad la magia que tenéis dormida en vuestro interior —ordenó enfadado—. Concentraos.

Antes que pudiesen empezar a concentrarse, de la rama de un viejo árbol, bajó una liana y en ella Ergor estaba colgado.

—Almasiel me ha ordenado acompañaros por los bosques, hasta las tierras que limitan con la Montaña Sagrada.

—Bienvenido, Ergor —saludó Kamburl.

Así fue como Ergor, un guerrero elfo, se unió al cortejo y, por orden de su rey, Almasiel, debería proteger, con su vida, a los futuros reyes de Pesunia.

El sol ya se estaba escondiendo tras las montañas cuando pararon para acampar y pasar la noche. Esta vez, mientras los soldados armaban

las tiendas, los niños buscaron madera seca para hacer una hoguera, Kamburl se dispuso a preparar la cena y Ergor se colocó en una rama alta de un árbol cercano, a vigilar los alrededores.

Después de cenar, Arai entró en la tienda de su hermana y se acostó a su lado, quedando dormido casi de inmediato. Entonces, Ergor bajó de su puesto de vigilancia para hablar con su amigo, el mago. Se apartaron unos metros del campamento, mientras que dos de los soldados ocupaban sus puestos de vigilantes.

—Amigo —comenzó Ergor—, los árboles anuncian grandes aventuras para estas dos criaturas. Dicen que serán benévolos con los desamparados y justos con los criminales...

—Sí, Ergor, ambos están con sus destinos escritos. Serán buenos monarcas, aunque él deberá pasar muchas penurias para madurar su alma de guerrero y su postura de rey.

—Vendrán tiempos difíciles, Kamburl. Muy difíciles. Tiempos que solo un rey con alma pura podrá enfrentar y ellos son dos, con poderes y carácter divididos. ¿Serán capaces de enfrentar el mal que nos anuncia el viento? ¿Se darán cuenta de que uno no vivirá sin el otro? ¿Y sus poderes? Tan grande es, pero dividido se resume a nada ante al enemigo que nos acecha.

—Tener fe en las profecías es parte fundamental de las enseñanzas que recibimos desde la cuna, Ergor.

—¿En tu mundo también hay profecías? —preguntó atrevido el elfo.

—Sí y no. En mi mundo, los hombres ya no enseñan la importancia de las señales, ni de las profecías. Son muy pocos los que aún les dan importancia. Es un mundo desgarrado por la codicia y el ansia de poder. Corrompido por los más fuertes, mientras que el indefenso sigue indefenso o muerto —la voz del mago era de triste añoranza. Se veía claramente que echaba de menos su mundo, a la vez que deseaba olvidarse de él completamente—. En mi mundo, muchas enfermedades ya no existen, pero otras fueron creadas para sustituirlas. El hombre es capaz de tocar las nubes y hasta la luna, pero nunca fue capaz de alcanzar el alma.

—Amigo, no sé de dónde provienes, pero de una cosa puedo estar seguro, no tengo la menor curiosidad en conocer tu mundo —concluyó el elfo con tono divertido.

Ya era bien entrada la noche cuando los amigos decidieron acostarse. Kamburl buscó un buen sitio, a no más de dos metros de la tienda de los niños. Se acostó con los ojos fijos en el cielo cubierto de estrellas y pensó en todo lo que había aprendido desde niño. Había vivido una vida normal. Era el mayor de cinco hermanos huérfanos de padre. Su madre tenía dos trabajos para que pudiesen ir a la escuela, pero entonces, llegó la peste y con ella se fueron su madre y tres de sus hermanos menores. Como ya era casi un adolescente, no lograron encontrar una casa que lo acogiera. No podía decir lo mismo de su hermana pequeña que, después de ingresar en el orfanato, no tardaron en encontrarle una familia que la llevó lejos, sin siquiera despedirse. Lo único que recordaba Kamkurl era su antojo en la pierna derecha: una enorme manzana marrón que le tapaba casi toda la extensión de la rodilla. De repente, algo le arrancó de sus adentros; eran los soldados que cambiaban el turno de guardia. Sin más demora, cayó en un sueño profundo y tranquilo.

Aquella noche, el mago real soñó con su niñez. Cuando por las tardes jugaba al balón con sus hermanos menores. Emanuel era el siguiente a él, después venían Marcos, Rubén y la pequeña Linda. Estaban en el campo descubierta, detrás de su humilde casa. La noche anterior había llovido y los charcos eran enormes. Aun así, los niños no cohibían las ganas de chapotear entre el agua sucia. Recordaba el rostro de cada niño con total perfección.

Fue al cumplir doce años cuando, él entonces, Ricardo, tuvo la primera visita de Mcgruguer. Dormía plácidamente, soñando con estar descansando bajo un frondoso árbol, al lado de una carretera de tierra blanca, cuando un hombre con una túnica de color marrón se materializó a su lado. En la mano derecha tenía un enorme palo, tan alto como él, el cual terminaba en una rama curvada, donde reposaba una bola de cristal. Era como una mano esquelética sujetando una bola del tamaño de un puño. «Levántate y ven», le ordenó el hombre de la túnica. Ricardo se levantó y lo siguió por caminos de vegetación seca y piedras que se le clavaban en sus pies desnudos. Cuando llegaron a la cima de un desfiladero, el hombre paró, se giró sobre sus talones y mirándolo a los ojos, le dijo: «Mira tu obra, Kamburl».

Ricardo se giró y el camino que antes era de malas hierbas, vegetación seca y muerta, ahora era todo lo contrario. Lucían flores de

colores y los árboles le ofrecían frutos maduros. Sus ojos se iluminaron al ver tamaña belleza. «Desde ahora te llamarás Kamburl, «hijo del futuro»», concluyó el hombre de la túnica. Ricardo se despertó pronunciando su verdadero nombre. Miró a sus hermanos dormidos y volvió a acostarse.

Después de aquella noche, vinieron muchas otras, donde el hombre de la túnica enseñaba la verdadera magia a un niño del otro mundo. Fueron dos años en lo que las noches de Ricardo se transformaban en semanas de aprendizaje, las cuales él esperaba ansioso. Ahora, estas noches eran su razón de vivir y aprender. Durante la peste, Mcgruguer enseñó un hechizo de protección a su aprendiz, pero dijo que debería escoger solo a uno de sus hermanos para compartir tal hechizo. Kamburl había decidido no pronunciar el hechizo, pues no quería escoger entre todos sus hermanos a uno predilecto, pero entonces Linda se despertó y se acercó a su cama. «No quiero morir», dijo la niña de tan solo seis años.

Aquello despedazó su corazón y pronunció el hechizo sin vacilar. Así pues, después que murieran su madre y hermanos, la asistente social los llevó a un orfanato. No tardaron ni dos semanas para que encontrasen una familia para Linda. Estaba desesperado por no poder mantener a su hermana a salvo y acudió a Mcgruguer pidiendo que le enseñara un hechizo para encontrar a su hermana.

—No debes preocuparte por esto —le dijo el hechicero—. Ven conmigo a mi mundo y comienza una nueva y placentera vida.

—¿Y qué será de mi hermana? —preguntó él desolado.

—Tu futuro no está ligado al de ella hasta muchos y muchos años más, Kamburl. Vente conmigo a mi mundo, hazte mago y volverás a encontrar a Kamend.

Al escuchar el nombre, el aprendiz miró asombrado a su maestro y las palabras le salieron en un fino susurro.

—¡Kamend! ¿Este será su nombre en tu mundo?

—Sí —afirmó Mcgruguer.

Kamburl ya no lloró por la separación de su hermana, pues sabía que volvería a verla, sabiendo que sería en un mundo mágico y tal vez paralelo al que vivía entonces. Aceptó la oferta del mago sin más preguntas, atravesó la Puerta Oscura y terminó ocupando el puesto de Mcgruguer

como mago real, cuando este decidió retirarse a la Montaña Sagrada. Nunca más había vuelto a su mundo, pero conservaba sus enseñanzas y sus recuerdos, aplicando alguna que otra táctica para salvar a sus protegidos reyes.

ARIA, ARAI Y ADARA

Arai abrió los ojos y tardó unos segundos en recordar dónde estaba. Dio media vuelta y vio a su hermana durmiendo, plácidamente. Afuera, el día comenzaba a clarear. Asomó la cabeza por la puerta de la tienda y comprobó que el cielo tenía un tono azul oscuro, clareando rápidamente. Pudo distinguir a los soldados en sus puestos de vigilancia. Al otro lado, vio un bulto acostado, tapado entero con una capa y dedujo que sería el mago. Decidió adentrarse en el bosque para aliviar la presión de su vejiga. Mientras el placer del alivio natural se adueñaba de su cuerpo y alma, miró el cielo que se presentaba despejado, pintado de un azul profundo y leves tonos de rosa en el horizonte. Pudo maravillarse con el despuntar del astro rey, estirando sus brazos sobre la tierra de Pesunia.

Ya terminado el disfrute, bajó la mirada e inspeccionó su alrededor. Muchos matojos, malas hierbas, piedras. Entonces, desde un arbusto cercano, algo reflejó la luz del sol y activó la curiosidad del niño. Caminó con pasos sigilosos y, con una vara que encontró cerca, apartó las hojas, dejando al descubierto una enorme piedra del tamaño de un cráneo humano. Dejó la vara a un lado y alzó la piedra, que pesaba tanto como un saco de trigo. Tenía forma ovalada y un color oscilante entre el verde y el azul, según la claridad que le alcanzaba. Fascinado por su descubrimiento, volvió al campamento y se acercó al bulto tapado con la capa, descubriendo la cabeza del mago.

—¿Qué quieres, Arai? —preguntó el mago aún soñoliento.

—Kamburl, ¿mira qué he encontrado? —dijo el niño poniendo la piedra en el suelo, delante de las narices del viejo, acostado sobre su lado derecho.

Este, al volver a abrir los ojos, se sentó de un salto. Refregó los órganos visuales con ambas manos y luego tocó la piedra, sintiendo el calor que emanaba.

—¿A que es bonita y diferente?

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó el mago con los ojos brillantes.

—Allí, en los arbustos —respondió el niño señalando el bosque—. ¿Sabes qué es?

—Sí. Es un huevo muy especial.

Arai estaba radiante. Había encontrado un huevo. Iba a tener una mascota... Pero entonces se percató de que ningún animal conocido ponía un huevo con tales características. La sonrisa se le borró de la cara y preguntó al mago si sabía de qué animal se trataba.

El mago le dijo que se trataba de un dragón, un animal mágico y fiero, difícil de domesticar.

—Dicen que para ser dueño de un dragón hay que mezclar las sangres, la tuya y la del dragón —concluyó.

En la cabeza del niño ya había pasado las más divertidas aventuras vividas y por vivir, al lado de su nueva mascota.

—Este soy yo —espetó Arai orgulloso de sí mismo.

—Ten en cuenta que se trata de un animal peligroso y traicionero. Te intentará matar a la primera de cambio, solo para conseguir la libertad. Para que te sea fiel y que no desee la libertad, nada más nacer, debes mezclar tu sangre con la de él.

—¿Cómo puedo hacer eso?

El mago que ahora se encontraba sentado, con los codos apoyados en las rodillas, pelaba un trozo de tronco de palmera, hasta llegar al palmito.

—Cuando nazca, haz que beba unas gotas de tu sangre y tú de la suya...

—O puedes atarte a la herida de él —dijo el elfo descendiendo de la rama de un árbol cercano.

—¿Qué? —pronunció Arai algo sorprendido al ver que el mago y él no estaban solos—. ¿Cómo voy a atarme a un dragón?

Estaba indignado a la vez que irritado por la intromisión del elfo en la conversación.

Ergor se acercó y se inclinó para tocar el huevo, constatando que estaba caliente. Era una buena señal, pues indicaba que el huevo estaba fecundado y en breve saldría el retoño.

—Cuando hagas el corte en el animal, procura que sea lugar idóneo y haz el corte en ti mismo, de forma que puedas atar al animal junto a tu cuerpo y que vuestras heridas hagan contacto para que se curen juntas. Es más eficaz que beber la sangre de dragón, que puede matarte en poco tiempo o darte poderes. Entre los cuales, la capacidad de vivir muchos más años que ningún otro ser humano.

—¿Cómo sabes estas cosas, Ergor? —preguntó Aria desde la puerta de la tienda.

El elfo se incorporó y le sonrió.

—Somos un pueblo mágico. Nuestros años y nuestras vidas son muchos más largos que los de los humanos —hizo una breve pausa—. Nuestros antepasados vieron despuntar los primeros árboles y el nacer de la raza humana. Nuestros padres vieron el nacimiento de los últimos dragones y también su destierro.

Aria ahora estaba junto a ellos y su atención estaba concentrada en las palabras del elfo.

—Ya no existen niños en nuestro pueblo. Los que tenemos cumplirán doscientos años en breve, aunque conservan la apariencia de niños o adolescentes. Dentro de otros doscientos años tendrán la apariencia adulta.

Aria estaba fascinada con las palabras e historias del elfo. Era la primera vez que veía a uno y se sentía privilegiada de poder hablar con él, escuchando sus historias y aprendiendo de sus enseñanzas. Mientras tanto, Arai guardó el huevo en la alforja de su montura. Merphil se puso algo tenso al presentir el calor pegado a su lomo, pero Arai procuró que se tranquilizara.

Después de un desayuno compuesto de pan duro y té de hierbas, los soldados desmontaron el campamento mientras que los mellizos, el elfo y el mago hablaban de las historias de aquellas tierras.

Ergor les contó que era solo un niño cuando se veía volar los últimos dragones, antes del destierro. En aquel entonces, estaba permitido vivir humanos y dragones bajo el mismo cielo, en total armonía. Les contó que algunos dragones llevaban jinetes y que esto había sido la causa de algunos enfrentamientos y causado una gran guerra. Al final entraron varias especies para luchar, incluso sagradas, como la androesfinge y ginoesfinge. Los gripos lucharon al lado de Salazar y Tempus, el Fénix y el

unicornio también. Todo acabó en el desterró de los dragones, la muerte de jinetes y la prohibición de los elfos de poseer un dragón.

Ahora tenía la atención toda para él. Y no dejó de contar lo que le había pasado a sus ancestrales.

—Fue el rey de las tierras del norte quien traicionó a los dragones. Algunos carecen de lógica, mientras que otros, los más antiguos, son los seres más inteligentes y poderosos que existen. Los dragones que nacieron siendo cuestionables, una vez unidos a la esencia de un elfo, adquirirían carácter maléfico. Muchos atacaron los pueblos y clanes, con el fin de lograr el poder. El propio dragón mayor privó de la existencia a unos cuantos de su especie. Y con esto les digo que iba incluido el jinete. Luego hubo una comitiva de caza a dragones, liderada por el primer rey de las tierras del norte. Con esto, logró que desaparecieran casi todos los dragones. Los pocos que quedaron fueron desterrados a tierras extrañas, más bien al Mundo de las Bestias, sin derecho a regresar jamás.

—Pero tiene que haber alguno por aquí, si no... ¿cómo apareció el huevo entre las ramas? —indagó Arai.

—Los dragones tienen el poder de trasladar sus huevos a otras dimensiones. Pueden trasladarse a sí mismos si lo desean —Ergor se calló, pensativo, luego miró a Arai—. Tal vez, dónde quiera que estuviese la dragona, la madre del huevo, se sintiera amenazada y decidió enviar a su descendencia a un lugar seguro. Solo es una conjetura para la aparición del huevo entre los matorrales...

En aquel momento, uno de los soldados vino avisar que ya estaba todo dispuesto para seguir el camino hacia el sur. Cabalgaron medio día, pararon para comer, descansaron mientras que el sol arrastraba sus rayos más calientes por el bosque y, cuando refrescó, volvieron a cabalgar. Arai intentó, en varias ocasiones, acercarse al elfo. Quería saber más sobre las historias de aquellas tierras y sus pueblos. Sabía que Ergor era una fuente fiable, ya que había vivido él mismo muchas situaciones de la historia. Pero el hombrecillo verde se escabullía nada más verla aproximarse. Por consejo del mago, debía evitar las historias para no influenciar en el futuro mandato de la joven reina. Además, no se fiaba de la raza humana. Solo confiaba en Kamburl, porque le había salvado de una muerte segura y desde entonces prometió una fiel amistad al mago.

Ergor era el único que no llevaba montura, pero no le hacía falta. Los elfos son ágiles y se desplazan por entre los árboles con gracia y suma rapidez. Apenas se le veía cansado.

En la segunda noche, la temperatura bajó considerablemente. Reunidos alrededor de la hoguera estaban el mago, los mellizos, el elfo y cuatro de los soldados. Todos intentando remitir el frío que les había tomado hasta los huesos. De repente se escuchó un ruido en los árboles cercanos. Uno de los soldados se incorporó y ordenó el despliegue de los otros tres. Salieron del campo de visión que permitía la luz de las llamas, pero no tardaron en regresar, trayendo consigo a una niña.

Fue el elfo quién se levantó sorprendido.

—Anif, ¿qué haces aquí?

—Saramel me mandó a traerte esto —dijo la niña extendiendo un paquete envuelto en hojas.

Ergor abrió el bulto y sacó una gruesa capa color verde. La puso sobre los hombros de inmediato. Luego agradeció a la niña.

—Debo regresar —dijo ella.

—¿Por qué no te quedas y vuelves mañana? —preguntó Aria—. Esta la noche muy oscura para andar por los bosques. Comprendo que eres una elfa y que conocerás los bosques mejor que a ti misma, pero tengo malos presentimientos y no me gustaría que encontraras cualquier peligro.

La niña miró a Ergor que meneó la cabeza de forma afirmativa.

—Está bien, pero marcharé mañana al alba.

—Puedes dormir conmigo en la tienda. Será más seguro para una niña como tú.

Anif miró a Ergor sorprendida, mientras que él se reía por la situación. Algo descolocada, Aria se recompuso.

—¿Cuántos años tienes? —se atrevió a preguntar.

—Doscientos siete años —contestó Anif.

Hubo un estallido de risas, mientras Aria se ponía colorada. Ergor, disimuladamente, se había retirado a la cima de un árbol cercano desde donde, se reía a pierna suelta. Aquella noche, en la tienda real, durmieron Aria, Arai y Anif.

El mago, llevando en consideración las palabras de la joven princesa, se acostó delante de la puerta de la tienda, como un perro guar-

dián, mientras que los soldados tomaron los sitios más cercanos a la hoguera.

La noche era extraña. Un silencio ocupaba el espacio y hasta los animales nocturnos estaban mudos. En el lugar de la hoguera, ahora solo había ascuas casi muertas. Uno de los soldados se movió. Otro dio la vuelta. Entonces un viento gélido sopló, levantando las chispas, como una respiración cansada y, del medio de la oscuridad, se escuchó un grito de terror que despertó a todos, incluso a los ocupantes de la tienda real. Kamburl se incorporó de un salto y, por primera vez, después de muchos años, volvió a empuñar su espada.

Arai salió de la tienda seguido por Aria y Anif.

—Volved a entrar —ordenó el mago.

Antes mismo que pudiesen mover un músculo, vieron como una sombra negra sobrevolaba a los soldados que ya se habían levantado y desenvainado sus espadas. Tenía la apariencia de un ser humano adulto. De sus brazos, salían membranas que se pegaban al lado del torso, como si fuesen alas. Bajó sobre uno de los muchachos. Cuando el Sombra se apartó, dejó un ser cadavérico recubierto con una piel oscura. Era como si hubiera succionado todo lo existente de dentro de aquel cuerpo, incluyendo la vida del joven guardia. Se balanceó sobre un segundo soldado, pero este levantó su espada y la blandió en el aire. La hoja atravesó al ser espectral, pero no le afectó en nada.

—Por los cielos de los reyes, haced algo... —gritó otro soldado.

El cuarto muchacho acudió al auxilio del joven atacado. Levantó su espada sobre su cabeza y al bajarla, atravesó al Sombra alcanzando al soldado, hiriéndolo en el brazo. La tensión estaba en su clímax. La fuerza humana era incapaz de detener aquella aberración, sedienta de vidas. De seguir, no habría supervivientes en cuestión de minutos. La criatura levantó la cabeza y miró con ojos de fuego a los tres jóvenes paralizados en la puerta de la tienda. En aquel momento, Kamburl comenzó a pronunciar una plegaria repetidas veces en otro idioma.

Todos los presentes vieron cómo su espada resplandecía y atravesó al espectro, que siguió como si nada en dirección a la tienda real. Anif saltó delante de Arai, levantó los brazos y pronunció un hechizo de protección, haciendo que el Sombra se estampara contra un muro invisible.

—Entrad o huir. No seré capaz de aguantar mucho tiempo.

Aria ya había entrado y vuelto a salir con la daga de mango de marfil en su mano. Caminó en dirección al Sombra.

—Cuando te dé la señal, retira el hechizo —ordenó Aria.

—No lo hagas... —gritó el mago.

Arai no sabía qué hacer. Se sintió perdido. Era su primera batalla mágica y hacía solo tres días que le había sido revelado su condición de mago. Dejó que su mente se abriera y escuchó su corazón. Anif perdió fuerza y el Sombra se abalanzó sobre Aria, que gritó de dolor cuando aquel ser espectral la tocó. Balanceó la daga en el aire, pero no afectaba en nada al espíritu. Arai, sin pensar en las consecuencias de sus actos, corrió en auxilio de su hermana y la cogió por el brazo. Con todas sus fuerzas deseó poder eliminar aquella maldad. La daga encontró algo sólido. Aria manejaba el arma con total destreza hasta que el espectro fue partido en dos y se desvaneció.

De repente, el silencio volvió otra vez. Los mellizos, juntos, habían eliminado el espíritu maligno. Tardaron un tiempo en recuperar las fuerzas. Era momento de hacer balance y registrar las pérdidas. Kamburl se acercó a los niños y los inspeccionó.

—¿Estáis heridos? —preguntó.

Ambos negaron con un meneo de cabeza.

—No volváis a hacerlo —dijo el mago—. Tuvisteis suerte, pero si llega a no ser así, no quiero pensar en qué se convertiría Pesunia sin sus reyes... Y, sin decir que mi castigo sería la muerte.

—Están bien, mago —dijo Anif—. El destino de ambos será esto: luchar para que el bien prevalezca sobre la tierra. Ella no sabía que la daga era el arma idónea para matar al espectro, pero lo hizo por instinto. Él no sabía que debía unirse a su hermana para eliminar juntos al maligno, pero su instinto le condujo. Puede que tarden un poco, pero llegarán al final de sus caminos heroicamente.

—Los soldados... —dijo Arai caminando en dirección a los soldados.

En el suelo, el ser cadavérico yacía inmóvil, mientras los otros dos que salieron ilesos del altercado curaban el brazo del muchacho herido.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Kamburl—. Tú, vete a buscar a los otros dos soldados y a Ergor.

Anif se concentró y llegó dónde estaba el mago curando al soldado con un hechizo curador.

—Ergor está herido —dijo—. Puedo sentirlo. No está lejos de aquí, pero está muy herido. Voy a buscarlo.

—Anif, iré contigo —dijo Arai.

—Gracias, pero seré más rápida si voy sola.

En poco tiempo, el día despuntó y otra vez se escuchó el trinar de los pájaros. El soldado, ya atendido y con el brazo vendado, no salía de su asombro. No supo explicar la infinita sensación de desgracia que sintió cuando el Sombra le tocó. Aria lo entendía. Había sentido la misma sensación de agonía. Era como si el peso de todos los males terrenales le cayera sobre sus hombros. Estaban sentados alrededor de las cenizas de la hoguera de la noche anterior cuando llegó el soldado, solo.

—¿Y? —preguntó el mago al recién llegado.

—Tuvieron la misma suerte que este, señor —contestó el soldado con tristeza apuntando al cadáver ennegrecido.

En aquel momento, Anif llegó ayudando a Ergor. Kamburl fue a su encuentro y tomó al pequeño hombrecillo en brazos y lo llevó a una cama provisoria, hecha con su capa.

—¿Cómo estás, amigo? —preguntó el mago cuando lo acostó.

—Nada que no se cure, mago —respondió el elfo con un tono de broma—, pero si quieres agilizar la cura, te agradecería...

Kamburl ya estaba pronunciando un hechizo de curación. Aria y Arai se acercaron y se colocaron uno a cada lado del mago, luego le tocaron en el hombro y el mago pudo sentir su fuerza. Las piedras del tamaño de pelotas de tenis levitaron a dos cuartas del suelo y se convirtieron en polvo. En pocos momentos, los tres magos y el elfo estaban envueltos en una nube de polvo, que giraba alrededor de ellos con la fuerza de un tornado. Cuando terminaron, el polvo descendió al suelo. Había terminado la curación y Ergor se incorporó como si nada hubiera pasado.

—Gracias, amigo —dijo al mago, y dirigiéndose a los mellizos con una reverencia, pronunció su agradecimiento—. Gracias, majestades.

Entonces, Aria se desplomó. Arai fue quien la sujetó para que no cayera al suelo. Kamburl la cogió en brazos y la llevó a la tienda. La niña había cambiado en algo. Parecía algo mayor.

—¿Qué le está pasando? —quiso saber Arai.

—Cuando el Sombra la tocó, succionó parte de su fuerza vital. Lo correspondiente a un par de años, quizás —le explicó el mago.

—¿No se puede retroceder esto?

Ergor que había entrado en la tienda y escuchado la explicación del mago, contestó.

—Temo que no. Una vez consumida la esencia vital de un ser vivo, ya no se puede devolver. Además, el maligno ya está muerto.

Hasta después del mediodía, el grupo, ahora reducido, siguió en el campamento. El mago no quería mover a los heridos antes de estar seguro de que aguantarían el viaje. Después del fantástico episodio, Ergor quiso estrechar lazos con los mellizos. Como ya se sentía recuperado, entrenó con Arai, procurando enseñarle algunos golpes de ataque. Se veía que el chico era muy diestro con la espada, aunque fuera de madera. Luego, entrenaron con las espadas de los soldados muertos. Algo que le costaba más al niño, por el peso del artilugio.

Luego fue visitar a Aria, quien seguía acostada, bajo la atenta mirada de Anif, que se unió al cortejo. Llevaba consigo unas cuantas raíces, con las cuales enseñó a la niña a hacer medicinas. También le enseñó algún que otro hechizo de curación. Cuando el calor amenizó un poco, levantaron el campamento y siguieron el viaje. Procurando que los caballos trotasen para no forzar a los lesionados. Aquel día, no avanzaron tanto como deseaba Kamburl. Pararon para acampar cerca de un río.

Mientras los soldados sanos salieron de caza, Ergor y Anif recolectaron frutos silvestres. Kamburl encendió la hoguera y ayudó a Arai a montar la tienda. Todo indicaba que sería una noche tranquila.

Los soldados volvieron con dos conejos y se dispusieron a prepararlos. Se reunieron alrededor de la hoguera y mientras Ergor y Anif degustaban los frutos que ofrecía el bosque, los demás dieron cuenta de la carne. Luego entablaron una animada conversación sobre cómo domesticar a un dragón. Anif estaba sorprendida por el hallazgo de Arai. Nunca había visto un huevo con tales características y al tocarlo sintió el calor que emanaba. Llegaba a ser reconfortante. A lo lejos se escuchaba a un lobo solitario, llamando a una manada que, quizás, ya no estuviera por allí.

Los mellizos se retiraron y Anif los acompañó, mientras que los adultos y el elfo siguieron alrededor del fuego en una animada charla. Los lazos entre todos se habían estrechado. Ahora eran más que un cortejo real, eran un grupo de amigos que viajaban con un único fin, proteger a los futuros reyes de Pesunia.

En medio de la noche, Anif se despertó sobresaltada. Procuró escuchar algo, pero estaba todo en silencio. Miró a los niños que dormían plácidamente. Resolvió salir a la puerta de la tienda e inspeccionar si todo iba bien. Vio que todos estaban dormidos. Buscó a Ergor por alguna rama cercana, pero no lo encontró. Entonces vio aquel enorme lobo blanco llegar despacio. Apenas metió ruido cuando se acercó a los soldados. Luego la miró a los ojos.

La niña elfa estaba asustada. No había vivido tantas aventuras desde que naciera, pero, al parecer, con los mellizos cada noche era una batalla. Procuró moverse despacio para no llamar la atención del lobo, pero de nada sirvió. En dos saltos, el animal estaba sobre ella, enseñándole los dientes.

—¿Quién eres, elfa? —le preguntó el lobo con una pata sobre el frágil pecho de la niña.

—Anif, hija de Almasiel, soberano del pueblo élfico.

El lobo quitó la pata y se sentó.

—¿Qué os trae por estos bosques?

—Vamos hacia el sur —El lobo quiso saber para qué realizaban tal viaje—. Acompañamos a los futuros reyes de Pesunia a la Montaña Sagrada.

Entonces el lobo miró más allá y vio a los dos niños despiertos, sentados en sus lechos provisorios.

—¡Majestades! —dijo el lobo con una inclinación de cabeza—. Sois bienvenidos a mis dominios.

Dicho esto, el lobo tomó la forma humana de una joven de larga melena rubia, con un vestido largo de un blanco reluciente con pequeñas florecillas azules.

—Soy Adara, guardiana de esta parte del bosque. Los árboles me han avisado de que vendrías y les estaba esperando. Fui ordenada a acompañaros en vuestro viaje y protegeros con mi vida si fuera necesario. Estoy a vuestra disposición.

En aquel momento, una espada tocó el cuello de la joven y una voz masculina sonó a su espalda.

—¿Qué quieres, bruja? —indagó Kamburl.

—¿Eres el mago del reino? —preguntó—. Debo hablar contigo, a solas.

Se apartaron a unos metros del campamento, para que nadie los pudiera escuchar.

—No voy a permitir que hagas nada que ponga en riesgo la vida de mis protegidos... —comenzó Kamburl, pero la joven lo interrumpió.

—No se habla de otra cosa en los cuatro cantos de estas tierras —comenzó la guardiana—. Me ordenaron unirme a vosotros y proteger a los pequeños.

—¿Quién te ha ordenado?

—Trovak, soberano de la raza de los híbridos. Somos conscientes de la profecía y la paz que traerá el reinado de estos jóvenes. Así pues, no deseamos hacerles cualquier mal, aunque hay muchos que sí lo ansían y debemos luchar para que lleguen a su destino, sanos y salvos.

Kamburl había reconocido a su amiga de hacía muchos años atrás, aunque ella, al parecer, no lo recordara, o no quería recordarlo. En la juventud del mago, habían vivido poco tiempo juntos, en su pequeña casa del bosque. Un día, la había encontrado al margen de un río, en su forma animal. Tenía las patas heridas de tanto correr. La había invitado a su casa y la había curado. Unas semanas después, Adara se marchó sin dar cualquier explicación y no había vuelto a verla hasta aquel momento.

Así fue como la híbrida también se unió al cortejo. Los jóvenes soldados estaban prendados por la belleza de la joven, aunque sabían que era un licántropo.